

Vanidad

*Samuel Fleischacker**

Charles Griswold sostiene que, para Smith, la economía se alimenta del auto-engaño, de un “error a gran escala de nuestra comprensión de la felicidad”¹. En realidad, la riqueza es irrelevante para la felicidad y perseguirla requiere que nos zambullamos en un “trabajo incesante” y una “insatisfacción” constante. Según Griswold, sin embargo, Smith arguye explícitamente que el hecho de que la mayoría de los individuos *no* sean perfectamente felices contribuye a “la felicidad de la humanidad, tanto como a la de todos los seres racionales”².

En mi opinión, Smith no arguye esto ni explícita ni implícitamente. En primer lugar, la cita interna en la segunda cita de Griswold procede de un pasaje en el que Smith dice que contribuimos a la felicidad de los seres humanos y de todos los demás seres racionales cuando seguimos “los dictados de nuestras facultades morales”³, no cuando perseguimos la riqueza. En segundo lugar, lejos de respaldar la visión irónica de que la infelicidad de la mayor parte de los individuos puede contribuir a la mayor felicidad de la humanidad, Smith dice que “ninguna sociedad puede ser floreciente y feliz si la mayor

**Samuel Fleischacker es profesor de Filosofía en la Universidad de Illinois (Chicago). El artículo corresponde al capítulo 6 de la parte II de su libro *On Adam Smith's Wealth of Nations* (2004), Princeton University Press, Princeton, NJ. Agradecemos a la editorial Princeton el permiso para reproducirlo en castellano.*

1 Griswold, C. (1999), p. 224 y p. 222.

2 Griswold, C. (1999), p. 225.

3 TSM p. 303.

36 parte de sus miembros son pobres y miserables”⁴. En tercer lugar, la interpretación de Griswold se apoya casi por completo en un único, aunque famoso pasaje de la *Teoría de los sentimientos morales* (TSM IV.i.10) y sostiene que la *Riqueza de las naciones* está “pintada dentro de la estructura”⁵ de ese pasaje, y vuelve al asunto siempre que lee otros escritos smithianos sobre la relación entre la felicidad y “mejorar nuestra condición”⁶. Pero TSM IV.i.10 es el primer escrito que Smith publicó sobre economía política, y luego alteró de modo significativo muchas de las opiniones que allí expresara. Mantuvo ese pasaje en posteriores ediciones de la TSM, pero tiene más sentido leer su significado final a la luz de sus últimos textos sobre la motivación económica.

Dedico un capítulo entero a este asunto porque si Griswold está en lo cierto —y él representa la opinión de la mayor parte de los expertos⁷— quedaría una seria brecha moral entre la teoría moral de Smith y sus opiniones sobre economía, si no incluso sobre el egoísmo. Si la interpretación de Griswold es correcta, a lo largo de la TSM Smith nos urge a pensar que la persecución de la riqueza corrompe moralmente y conduce a la infelicidad; pero al mismo tiempo aplaude el sistema social del que depende y alienta esa persecución. Eso no tiene sentido. Si Smith desaprueba realmente la persecución de la riqueza tanto como Griswold sugiere, tendríamos que esperar que criticase la sociedad comercial desde un punto de vista moral, y que recomendara instituciones que pudieran corregir la decepción que la

⁴ TSM p. 77.

⁵ Griswold, C. (1999), p. 222.

⁶ Por ejemplo, en Griswold, C. (1999), p. 225, p. 263 y p. 326.

⁷ Winch, D. (1978), pp. 91-92 también presenta a la RN como “pintada dentro del marco” de TSM IV.i.10, igual que hacen Fitzgibbons, A. (1995), pp. 168-169; Cropsey, J. (2001), pp. 133-134 y Muller, J. (1993), p. 134.

alimenta⁸. Smith sí recomienda algunas instituciones para corregir la forma en que la sociedad comercial “mutila” el coraje y la inteligencia de los pobres trabajadores. ¿Pero qué explicaría la ausencia de medidas correctivas similares contra los males del consumismo?

Hay también otro punto comprometido en esta discusión: ¿comparte Smith la visión estoica de que los bienes externos son indiferentes para la felicidad humana? En el pasaje de la TSM sobre el que se basa Griswold, Smith parece estar diciendo que “el pordiosero que toma el sol a un costado del camino”⁹ tiene todo lo que uno puede querer de la vida. De ahí se seguiría que la privación material, incluso la gran privación material, no es importante. Martha Nussbaum atribuye esta opinión precisamente a Smith: “El relato que hace Smith en la *Riqueza de las naciones* sobre las operaciones del mercado está profundamente arraigado sobre [la] falsa doctrina [de que los vientos externos no tocan lo que realmente importa]: está preparado para dejar que el mercado haga lo peor con poca represión, en parte porque cree que los pobres no sufren en su misma esencia, y mantienen una dignidad que los vientos de la vida no pueden eliminar”¹⁰.

8 El propio Griswold insiste, contra las interpretaciones más estoicas, que Smith no desaprobaba enteramente la persecución de la riqueza. Véase especialmente Griswold, C. (1999), pp. 226-227 (incluyendo la nota 56 de la p. 226) y p. 265. No obstante, en la visión de Griswold, el grado hasta el que Smith considera la persecución de la riqueza como una corrupción es suficiente para justificar una expectativa que se hubiera comprometido en una crítica moral de la sociedad comercial mucho mayor de lo que lo hizo.

9 TSM p. 333.

10 Nussbaum, M. (2000), pp. 199-200. Pero véase ahora Nussbaum, M. (en prensa), donde arguye convincentemente que Smith es mucho menos propenso en la RN que en la TSM a considerar la pobreza como “externa” a la calidad de la vida de un ser humano. Sin embargo, incluso ahí Nussbaum no piensa, como yo, que Smith rechazara su primer estoicismo en las últimas ediciones de la TSM. Sobre Smith y el estoicismo, véase también Vivenza, G. (2001), capítulo 2 (especialmente pp. 61-64) y *postscript* (especialmente pp. 202-212).

38 Creo que esta es una lectura equivocada de la RN, incluso si es que se pudiera imputar a ciertos pasajes de la TSM.

Por tanto, hay dos asuntos morales serios que dependen de si Smith realmente cree, como en TSM IV.i parece decir, que una persona completamente virtuosa no buscaría la riqueza ni le molestaría la pobreza. Aclarar las implicaciones de ese pasaje, y su posición en el conjunto de la obra de Smith, es por tanto crucial para *descubrir* las opiniones de Smith sobre los temas morales más importantes. Empezaré por un examen detenido de ese texto, y volveré después a los temas más generales.

La vanidad en TSM IV.i

Ayudará tener el pasaje aludido en frente:

“El hijo del pobre, a quien la ira de los cielos ha vuelto ambicioso, cuando empieza a observar en torno suyo admira la condición del rico. Encuentra que la cabaña de su padre es demasiado pequeña para él y fantasea con que viviría más cómodamente en un palacio. No le gusta tener que caminar o padecer el cansancio de montar a caballo. Se considera naturalmente indolente y está muy poco dispuesto a esforzarse y a hacer todo con sus propias manos; opina que un vasto séquito de sirvientes le ahorraría muchas molestias. Piensa que una vez logrado todo esto se sentaría tranquilamente y no haría nada, limitándose a disfrutar de la dicha y sosiego de su situación. Está encantado con la imagen distante de esa felicidad. En su fantasía parece la vida de unos seres superiores...”¹¹.

Así, para empezar, el deseo de riqueza del que Smith está hablando aquí no es el mero deseo que todos tienen de “mejorar su condición”. Es un deseo de *gran* riqueza, tanta como para no volver a trabajar nunca más, y es el deseo que siente “el hijo de un pobre” que no sabe

¹¹ TSM p. 328.

VANIDAD

39

realmente cómo es la vida de la gente muy rica. Si lo supiera, sabría lo que Smith intenta enfatizar: que la gente nunca “se sienta tranquilamente”, ni siquiera cuando ha obtenido gran riqueza. Todo lo que posiblemente el hijo de un hombre pobre logre es una vida en la que “los oropeles y zarandajas” de la riqueza no consigan compensar a un “cuerpo ajado por fatigas y enfermedades, y a una mente amargada y encrespada por el recuerdo de mil injurias y frustraciones” por las que ha tenido que pasar. Así, el ambicioso chico de este pasaje aspira a una fantasía; está “encantado”; no sólo abriga la esperanza ordinaria y realista de llegar a ser algo más de lo que es ahora, o de lo que sus padres son. El chico quiere un palacio y una comitiva de siervos, no sólo la mejor casa de su manzana, que es a lo que podría aspirar dentro del ámbito de sus expectativas razonables. Sus esperanzas ni siquiera pertenecen al reino de lo humano: él quiere unirse “a un rango de seres superiores”, llegar a ser sobrehumano.

Ahora se nos dice que lo que necesita hacer para tratar de realizar sus esperanzas va completamente en contra de esa “indolencia natural” que siente dentro de sí mismo: “Y para alcanzar esa meta (la vida de unos seres superiores) se dedica para siempre a la búsqueda de la riqueza y los honores. Para acceder a las comodidades que espera se somete en el primer año de su empresa, o incluso en el primer mes, a mayores fatigas corporales y mayor desasosiego espiritual que los que habría sufrido en toda su vida si no las hubiese ambicionado”¹².

Ese chico que desea siervos también tendrá que adquirir modales serviles: “Trata de sacar sus méritos a la luz pública y con análoga constancia solicita cualquier oportunidad de empleo. Para ello le hace la corte a todo el mundo: sirve a quienes odia y es obsequioso con quienes desprecia”¹³.

¹² TSM p. 328.

¹³ TSM p. 328.

40 El chico fantásticamente ambicioso “sacrifica una tranquilidad real que está siempre a su alcance” por “la idea de un reposo artificial y elegante” que nunca conseguirá. ¿Significa esto que si hubiera tenido esperanzas más modestas podría haber evitado el trabajo? Por supuesto que no; es hijo de un “pobre”, no de un pordiosero, y él, como su padre, seguramente tendría que haber trabajado para ganarse la vida. Así la moraleja de esta fábula, hasta este punto al menos, no es que todos los intentos de asegurar los bienes materiales están basados en la vanidad, ni que los esfuerzos para mejorar la condición material sean todos inútiles, sino que la noción de *gran* riqueza que lo eleva más allá del terreno humano, de un nivel de posesiones materiales que permite dejar de lado el esfuerzo y la lucha, es una vana ilusión. Poder y riquezas son “máquinas enormes y laboriosas” que producen “insignificantes conveniencias” a un enorme coste y no resuelven los grandes problemas de la vida:

“Son estructuras inmensas cuya edificación requiere el trabajo de toda una vida ... y que mientras están en pie, aunque pueden ahorrar [a la persona que las habita] algunos pequeños inconvenientes, no son capaces de protegerla de las severas inclemencias del tiempo. Defienden del chubasco de verano, pero no de la tormenta de invierno, y siempre dejan a la persona tan o a veces más expuesta que antes a la ansiedad, el temor y la congoja; a las enfermedades, los peligros y la muerte”¹⁴.

Smith expresa aquí las advertencias de los moralistas tradicionales contra las tentaciones de la ambición excesiva, algo que todo “hijo de un pobre” ha oído muchas veces, y todo lo que dice es compatible con la alabanza que hace en la última edición de la TSM acerca del hombre prudente, quien está “contento con su situación, que por medio de continuas aunque pequeñas acumulaciones, está creciendo más y más cada día”¹⁵. Esa alabanza va aparejada con una adverten-

¹⁴ TSM p. 331.

¹⁵ TSM p. 332.



VANIDAD

41

cia contra aquellos que, ansiosos de “cambiar una situación tan confortable”, podrían ir en busca de peligrosas “aventuras y nuevas empresas”. A lo largo de su obra, Smith sospecha de aquellos a quienes les gusta correr grandes riesgos, y la parábola del hijo del pobre en IV.i podría tomarse como parte de esa polémica. No hay razón para buscar grandes riquezas; se debería estar contento con la mejora “continua aunque pequeña” de nuestra situación material. Nada sugiere que el deseo de una mejora gradual y pequeña esté también basada en alguna clase de ilusión.

Pero eso no es todo lo que contiene el IV.i. Después de la parábola del hijo del pobre, Smith dice que la mayoría de nosotros, la mayor parte del tiempo, deseamos la “riqueza y pompa” excesiva y vana de los pocos, y que nuestra intención es conseguirlas. También dice que ese deseo vano alimenta los desarrollos más importantes de la historia de la humanidad:

“Y está bien que la naturaleza nos imponga de esa manera. Este engaño es lo que despierta y mantiene en continuo movimiento la laboriosidad de los humanos. Fue eso lo que les impulsó primero a cultivar la tierra, a construir casas, a fundar ciudades y comunidades, a inventar y mejorar todas las ciencias y las artes que ennoblecen y embellecen la vida humana; lo que ha cambiado por completo la faz de la tierra, que ha transformado las rudas selvas naturales en agradables y fértiles llanuras”¹⁶.

Así es como el “engaño” que nos lleva a desear las grandes riquezas, inspiró los mayores cambios en el desarrollo humano, tan importantes como el establecimiento de la agricultura y las ciudades. Michael Ignatieff ha destacado acertadamente que Smith está negando aquí la forma en la que Rousseau veía el cambio desde las “rudas selvas”

¹⁶ TSM p. 332.



42 hasta las granjas y ciudades¹⁷. Para Rousseau, la llegada de la civilización significó la llegada de la miseria absoluta. Para Smith, en cambio, en las sociedades agrícolas y comerciales se atiende tan bien a los pobres como en las tribus de cazadores. La vanidad de los ricos, dice la TSM, sirve para dar sustento a los pobres:

“Por estas labores de la humanidad la tierra fue forzada a redoblar su fertilidad natural y a mantener a una multitud mayor de habitantes. De nada le sirve al orgulloso e insensible terrateniente contemplar sus vastos campos y, sin pensar en las necesidades de sus semejantes, consumir él solo, imaginariamente, toda la cosecha que puedan rendir... La capacidad de su estómago no guarda proporción alguna con la inmensidad de sus deseos, y no recibirá más que el del más modesto de los campesinos. Por ello se verá obligado a distribuir el resto entre aquellos que con esmero preparan lo poco que él mismo consume, entre los que mantienen el palacio donde ese poco es consumido, entre los que le proveen y arreglan los diferentes oropeles y zarandajas empleados en la organización de la pompa. Todos conseguirán así, por su lujo y capricho, una fracción de las cosas necesarias para la vida que en vano habrían esperado obtener de su humanidad o su justicia... Aunque sólo buscan su propia conveniencia, aunque su único fin es la satisfacción de sus propios vanos e insaciables deseos, [los ricos] dividen con los pobres el fruto de toda su producción”¹⁸.

Y es ahí finalmente donde entra la mano invisible:

“Ellos [los ricos] son guiados como por una mano invisible a realizar casi la misma distribución de las cosas necesarias para la vida que habría tenido lugar si la tierra hubiese sido dividida en porciones

17 Véase el capítulo “The Market and the Republic” en Ignatieff, M. (1984). Véase también la brillante comparación que hace Ryan Hanley entre Smith y Rousseau, en TMS IV.i y en otros lugares. Hanley, R.P. (2002).

18 TSM pp. 332-333.



VANIDAD

43

iguales entre todos sus habitantes; y así sin pretenderlo, sin saberlo, promueven el interés de la sociedad... Cuando la Providencia distribuyó la tierra entre unos pocos patronos señoriales no se olvidó ni abandonó a los que parecían haber quedado excluidos del reparto... En lo que constituye la genuina felicidad de la vida humana no están en ningún sentido por debajo de quienes parecerían ser tan superiores a ellos. En el desahogo del cuerpo y la paz del espíritu todos los diversos rangos de la vida se hallan casi al mismo nivel, y el pordiosero que toma el sol a un costado del camino atesora la seguridad que los reyes luchan por conseguir”¹⁹.

El extremo estoicismo de este pasaje es innegable. La naturaleza cuida de todos, e incluso la condición de la persona más pobre del mundo no es “en ningún aspecto” inferior a la de un rey. Si Smith hubiera mantenido a lo largo de toda su vida estas afirmaciones, o la afirmación de que el deseo de gran riqueza espolea el más importante de los logros humanos, la lectura que hace Griswold sería correcta y Nussbaum tendría razón al criticar a Smith por su indiferencia hacia el daño real de la pobreza.

Pero, en mi opinión, Smith no sostuvo estas afirmaciones en escritos posteriores. TSM IV.i fue escrita para la primera edición de la TSM en 1759 y apenas recibió una mínima variación en el curso de los 31 años y las cinco subsiguientes ediciones en las que Smith reelaboró su libro (en el parágrafo 8 cambió la palabra *could* por *would*). Es un escrito muy bello, y por eso Smith puede haber querido dejarlo en las ediciones posteriores con independencia de lo que pensara acerca de alguna de sus implicaciones. Y, además, seguía refrendando su principal intuición —que las atracciones de la riqueza y la grandeza se deben menos a su utilidad que a su aparente adecuación para cumplir fines útiles. Por tanto, quizás no prestara suficiente atención al pasaje como tal vez habría hecho si hubiera previsto que sus lectores futuros podían entender toda la RN como “pintada dentro de

¹⁹ TSM p. 333.



44 ese marco”²⁰. Pero en todos sus escritos hay muchos indicios que ponen de relieve que el pasaje fue una primera y tosca aproximación para integrar su filosofía moral en la economía, y no un marco para todo su pensamiento económico. Veamos ahora estos indicios.

TSM IV.i a la luz de la RN

Quizás la pista más importante para explicar por qué TSM IV.i recibió poca atención posterior por parte de Smith se encuentre en el párrafo inmediatamente siguiente. Arguyendo que el “amor del sistema” inspira mejoras en la “política pública”, Smith dice:

“Habitualmente, cuando un hombre de vocación política aboga por la reparación de las carreteras, no lo hace por solidaridad con los transportistas y carromateros. Cuando el parlamento establece primas y otros estímulos para ayudar a la industria del lino o de la lana, su proceder rara vez deriva de la pura simpatía con quien se viste con telas baratas o finas... Los logros que la política pretende, el desarrollo del comercio y la industria, son objetivos nobles y magníficos que nos complace contemplar, y nos interesa todo lo que pueda tender a fomentar este bello y gran sistema, y nos sentimos inquietos hasta no

20 Griswold, C. (1999), p. 222. Los lectores que no estén persuadidos de que Smith simplemente dejaba pasar los problemas que estaban presentes en este pasaje cuando volvió a trabajar sobre la TSM, deberían notar que *cualquier* interpretación de la relación entre TMS IV.i y los demás escritos económicos de Smith tendrá que sufrir algún cambio en las líneas que aconsejo. Si se tiene que tomar TMS IV.i, como Griswold sostiene, como “el marco” de todo el pensamiento económico de Smith, entonces necesitamos dar cuenta de por qué Smith, como Griswold admite, “no ... insiste en que la mejora... esté basada sobre la decepción” en la RN. Griswold, C. (1999), p. 263. Tanto si Smith ocultaba sus verdaderas opiniones en la RN como si se expresaba inadecuadamente en TMS IV.i; ambas interpretaciones, y cualquier otra que reconozca la tensión entre la TMS IV.i y otros escritos, deben seguir una línea u otra en el Smith que no es representativo de sus opiniones estables. Mi lectura tiene la ventaja de subrayar la importancia de los escritos posteriores por encima de los más tempranos.

remover cualquier obstáculo que pueda impedir la regularidad de sus movimientos”²¹.

¿“Las primas y otros estímulos” pertenecen a “los logros que la política pretende”?²². ¿En qué escrito posterior de Smith podríamos esperar encontrarnos con esto?²³. Por supuesto, uno puede interpretar que Smith está diciendo simplemente que “el hombre de vocación política” es probable que *piense* –desacertadamente– que las recompensas son una contribución a la perfección, pero esta no es la

21 TSM pp. 333-334.

22 Howard Caygill entiende correctamente que esta última frase se refiere a “la dirección política de la riqueza en el interés del bienestar común”, y mantiene que Smith se movió gradualmente de esa postura a la doctrina del libre comercio que aparece en la RN. Caygill, H. (1989), p. 91. Véase también Brown, V. (1994), p. 155, n. 35: la celebración de la “política” en ese pasaje, dice la autora, “está en desacuerdo con el argumento de la RN”, y el pasaje “no debería haber estado en la RN”.

23 Smith remarca en la RN que las recompensas que se dan al honor de los artesanos excelentes “no rezan con aquellas objeciones a las primas”, p. 463; pero también sigue aclarando que *no* son “estímulos para el avance” de ninguna clase de manufactura, notando explícitamente que esto último se asimila de manera errónea con los premios (p. 464). La oposición de Smith a las primas parece ser la última pieza a desarrollar de su doctrina del libre comercio. Tanto en las *Lecciones de Jurisprudencia* como en el “Early Draft” de la *Riqueza de las naciones*, Smith había sostenido que la prima sobre la exportación de cereales, al menos mantenía a Inglaterra bien abastecida con cereal barato (véase la nota del editor en la edición de Campbell, R.H.; Skinner, A.S. y Todd, W.B. (1976), p. 506). En la RN discute vigorosamente esa visión (pp. 569-57). Pero incluso en la RN, en su primera edición, estaba deseoso de justificar ciertas primas bajo el principio de que la “defensa es más importante que la opulencia”; en la tercera edición, en 1784, Smith cambió radicalmente esa concesión. Véase la nota p-p en la TSM, p. 518 y el texto que sigue. Esta cuidadosa reescritura del capítulo de la RN sobre las primas contrasta absolutamente con la completa ausencia de alteraciones al comentario que acabo de considerar de la TSM en las ediciones subsiguientes. Tomo esto como una evidencia de que no examinó con detenimiento esta sección completa de la TSM.

46 lectura más obvia del pasaje, y parecería al menos desorientador para un lector de la RN que este errado objeto de una política deba yuxtaponerse con el eminentemente razonable objeto de “la reparación de carreteras”. Al menos esto es lo que podríamos esperar de un Smith post-RN, preocupado por releer ese capítulo cuidadosamente hasta alterarlo de manera que no dejase la impresión de que él aprobaba las recompensas.

Además, la explicación de las principales mejoras humanas cambia desde la TSM IV.i a la RN. En TSM IV.i, lo que alimenta del desarrollo de la agricultura y las ciudades, más que la mejora material ordinaria y lenta, es el deseo de riqueza y poder. Probablemente Smith está aquí de acuerdo con Rousseau sobre la importancia del *amour-propre*, de nuestros deseos vanos, para el crecimiento de la civilización. Al mismo tiempo, en términos económicos está refrendando su afirmación de que el gasto en artículos de lujo es crucial para el crecimiento económico, algo que tanto Hume como Mandeville sostenían también²⁴. Pero si Smith creía esto cuando escribió la TSM, cambió su opinión cuando llegó a la RN. En ésta es el gasto de los pobres, no de los ricos, el que constituye la mayor cantidad de la demanda económica²⁵, y asimismo, en la RN, el consumo se ve como menos importante para el crecimiento de la economía. En cambio, se nos dice una y otra vez que el crecimiento económico procede de la *frugalidad*, y que la “parsimonia” es incluso más relevante que la “laboriosidad”²⁶, que las grandes mejoras económicas de una nación, incluyendo aquellas que permiten una agricultura floreciente y el desarrollo de las ciudades, ocurren a través de los esfuerzos de muchos individuos corrientes que acumulan capital,

²⁴ Véase Taylor, W.L. (1965), capítulo IV.

²⁵ RN p. 785.

²⁶ RN p. 306.

no de los pocos que buscan riqueza y poder²⁷. Los que buscan ambiciosamente riqueza y poder, en la RN, son los líderes políticos cuya prodigalidad puede dañar más a la sociedad que la de ningún individuo privado, y que para favorecer sus ambiciones llevan a las naciones a la guerra, que destruye el capital nacional más que ninguna otra calamidad²⁸. Estas personas amenazan el capital de una nación, y si la sociedad continúa creciendo es sólo porque sus esfuerzos destructivos son compensados con “la sobriedad privada y buena conducta de los particulares”²⁹. En la RN, la lenta acumulación de mejoras del hombre pobre y prudente, y no la ambición de su extravagante hijo, es la fuente del progreso social.

Finalmente, la RN establece una distinción entre los modos en que los ricos contribuyen al mantenimiento de los pobres que está ausente en la TSM, y que implica, al contrario de la TSM, que la habilidad de los pobres para ser felices depende considerablemente de las circunstancias sociales. La TSM no traza ninguna diferencia entre aquellos que “mantienen el palacio” y “arreglan los diferentes oropeles y zarandajas”, y los que construyen el palacio o fabrican esos oropeles. La RN considera que el primero es trabajo improductivo, mientras que el segundo es productivo. La TSM no distingue entre la *comida* que un terrateniente distribuye directamente en banquetes o despliegues de generosidad con sus siervos y los campesinos locales, y el *equivalente* monetario de la comida obtenido a través de la venta de sus excedentes, que el terrateniente usaría para pagar a los constructores del palacio o proveedores de oropeles y zarandajas. La RN establece enfáticamente esa distinción en un pasaje que parece como si hubiera sido explícitamente escrito para revisar TSM IV.i.

27 RN p. 305, pp. 309-310, p. 313, p. 360, p. 454, pp. 480-481, pp. 601-602, pp. 822-823, pp. 826-827. Véase también Taylor, W.L. (1965), pp. 109-117.

28 RN pp. 311-313, pp. 388-390, p. 589.

29 RN p. 313.

48 “El rico no consume más alimento que su vecino pobre. La calidad puede ser muy diferente y la preparación más delicada; pero, por lo que toca a la cantidad, es poca la diferencia. Pero compárese el espacioso palacio y el gran armario del uno con la mísera choza y los harapos del otro, y se hallará que la diferencia en albergue, vestido y ajuar es tan considerable en lo que respecta a la cantidad como en la calidad. El deseo de alimento se halla limitado en todos los seres humanos por la limitada capacidad de su estómago, pero el deseo de conveniencias, aparato, mobiliario, ornato en la construcción, vestido y equipaje, parece que no tiene límites ni conoce fronteras. Así, los que poseen más alimento del que pueden consumir, se hallan dispuestos a cambiar el excedente, o lo que es lo mismo, su precio, por ese otro tipo de satisfacciones... Los pobres, para conseguir el alimento, se afanan por satisfacer esos caprichos de los ricos, y para obtenerlo compiten entre ellos en el precio y en la perfección de su labor”³⁰.

Aquí, en primer lugar, el rico no distribuye directamente la comida a los pobres y, en segundo lugar, los pobres que viven del excedente de la riqueza del rico lo hacen *produciendo objetos* que satisfacen sus deseos – y no por el trabajo de servicio doméstico en los hogares de los ricos. Estos sutiles cambios respecto de la TSM reflejan dos profundos refinamientos del pensamiento de Smith. Primero, ahora aparta clarísimamente el alimento de todos los demás bienes. Esto se ajusta a su preocupación, central en la RN según Istvan Hont y Michael Ignatieff, de la necesidad del desarrollo de la agricultura hasta el fin definitivo de las hambrunas. En segundo lugar, entre la TSM y la RN Smith desarrolla la idea de la creciente “independencia” que ganaban las clases más pobres en las economías comerciales, y llegó a reconocer que tanto los trabajos de servicios domésticos como las fiestas en las grandes villas de los terratenientes eran sínto-

³⁰ RN p. 159.

mas y causas de la dependencia feudal; y no elementos saludables para la independencia comercial. En la RN III, capítulo iv, enfatiza particularmente este punto, pero luego también aparece en II.iii, el capítulo sobre el trabajo productivo y el improductivo: “con frecuencia se ha visto que los individuos de un pueblo grande, después de haber realizado grandes progresos en la manufactura, se vuelven perezosos y pobres cuando un gran señor llega a establecerse en los alrededores”³¹.

Con todos estos desarrollos en la doctrina se nota un cambio de tono. Los pordioseros ya no toman el sol felizmente a un lado del camino en la RN, ni la Providencia se siente halagada porque los pobres sirven en los hogares de los ricos. Smith mantiene su desprecio estoico respecto de los placeres “externos” a los que los ricos dan tanto crédito, pero ahora reconoce el hambre y la dependencia como verdaderas penurias que no merecen un desprecio similar al de los meros dolores externos. El crecimiento económico alivia las necesidades humanas reales en la medida en que ayuda a los pobres, aunque puede que aún proporcione sólo vanidades a los ricos. Asimismo, el anhelo crucial para el crecimiento económico ya no está basado en la ilusión: la frugalidad reemplaza al lujo como el motor más importante de la economía, y la frugalidad, a diferencia del lujo, puede servir a deseos realistas y moralmente aceptables. Contrariamente a Hume, a Mandeville, y a su propio primer planteamiento en la TSM, el Smith de la RN no sugiere que los lujos que placen nuestra vanidad constituyan más que una pequeña parte de la demanda que proporciona empleo a los pobres. Mucho más importantes son las inversiones que mejoran la tierra, que aumentan las viviendas y producen las herramientas y productos indispensables para la vida. Una implicación moral de este alejarse del calco de los “beneficios públicos” al estilo de Mandeville, debidos al “vicio priva-

³¹ RN p. 305.

50 do” de la vanidad, es que el impulso que conduce a la riqueza ya no es algo enraizado en la fantasía, en el engaño, en una corrupción del verdadero destino moral que la naturaleza nos impone para nuestro bienestar material. Y entre otras cosas esto significa, para la política, que ya no hay tensión entre nuestro reconocer y nuestro actuar sobre el verdadero impulso hacia la riqueza; ya no hay peligro, como Mandeville suponía, de que las economías colapsen si las masas captan correctamente la verdad acerca de las fuerzas que conducen a la riqueza.

De este modo, el moralista cuento de hadas de la TSM se transforma en el sobrio análisis económico de la RN. Una señal de esta transformación es que la mano invisible *no* aparece en el capítulo de los usos del lujo, y cuando aparece, en RN IV.ii, ya no se identifica con la Providencia. Una señal más profunda es la pequeña concesión que hace Smith a la historia de la TSM al final de RN II.iii:

“Las casas, los vestidos, los muebles de los ricos suelen ser útiles más tarde para las clases inferiores del pueblo, pues éstas suelen comprar todas aquellas cosas cuando los ricos se cansan de ellas, y así aumenta gradualmente su calidad de vida... Los edificios que fueron algún tiempo alojamiento de la familia de Seymour sirven ahora como mesón en el camino hacia Bath. El lecho nupcial de Jacobo I de Gran Bretaña, que la reina trajo consigo de Dinamarca, se encontraba no hace mucho tiempo en una cervecería de Dunfermline. En algunas de aquellas antiguas ciudades, que se han estancado o decaído, apenas se encuentra una casa construida desde el principio para sus habitantes actuales. Si se visita, encontraremos muchas piezas excelentes de ornato, que aunque antiguas, todavía en buen uso, pero que no se hicieron para los que actualmente las poseen”³².

Una discusión comedida, lejos de las fiestas y los felices siervos de la TSM. Después de dos ejemplos probablemente legendarios de bie-

³² RN p. 314.

nes reales que cayeron en manos comunes, Smith dice que las viviendas bien construidas que sólo los ricos pueden permitirse podrían extenderse ampliamente a lo largo de la población durante las futuras generaciones. Concluirá con el punto, aún más modesto, de que lugares como Versailles y Stowe son un honor para sus naciones y sí ofrecen oportunidades de empleo³³. Pero todavía sugiere que los pobres aún se apiñan alrededor de los ricos, y en lugar de aprobarla, más bien critica esa economía en la que la riqueza se filtra desde las capas sociales más altas hasta las más bajas³⁴, y no la vuelve a utilizar como el principal argumento para la “mano invisible”.

TSM IV.I y la edición de 1790 de la TSM

TMS IV.i tiene un capítulo paralelo en las primeras ediciones de TSM I.iii.2, en el que se nos dice que la condición de los ricos y poderosos parece maravillosa sólo cuando la vemos “con esos engañosos colores con que la imaginación propende a pintarla”³⁵, pero también se nos dice que la naturaleza nos conduce a ser indulgentes con esa falsa ilusión³⁶. Incluso en las primeras ediciones, éstos son los únicos dos lugares en los que Smith atribuye una “decepción” o un “engaño” a la naturaleza. Y en lugar de alabar la ambición por introducir la civilización, en I.iii.2 se la condena –además– como una fuente de “rapiña e injusticia”³⁷. En las primeras cinco ediciones, sin embargo, el capítulo se ajustaba con las posturas extremadamente estoicas de IV.i. Por ejemplo, la condena de la ambición iba inmediatamente seguida de una insinuación de que la gente “confirmada en la sabiduría y la auténtica filosofía”³⁸ despreciaría todas las dife-

33 RN p. 315.

34 Por ejemplo, en RN p. 304, citada anteriormente.

35 TSM p. 126.

36 TSM pp. 124-126.

37 TSM p. 134.

38 TSM p. 134.

52 rencias de rango. Esa insinuación cerraba el capítulo, y luego continuaba con otro sobre lo que presumiblemente constituía la verdadera sabiduría: “la filosofía estoica”. En la sexta edición, el comentario acerca de la sabiduría de ignorar el rango, pierde su lugar retóricamente predominante —como conclusión—, y el capítulo sobre los estoicos se mueve al final, a la sección histórica de la TSM. La reubicación de este último capítulo no sólo sugiere que las opiniones de Smith ya no procedían de los estoicos, sino que se desvanece el párrafo final que parecía apoyar el estoicismo, y en cambio da lugar a una discusión que termina con una severa crítica del estoicismo³⁹. De manera similar, el libro VI, que fue enteramente escrito para la sexta edición y que contiene un largo capítulo sobre la virtud estoica de “auto-dominio”, incluye advertencias contra los peligros de una ciega admiración por ésta⁴⁰. Y el capítulo III.3 incluye un gran número de advertencias respecto de llevar la apatía estoica demasiado lejos⁴¹. La edición final de 1790 de la TSM, por tanto, rebaja repetidamente al estoicismo, tan prominente en las primeras ediciones de la obra.

39 Véase la nota k de los editores Raphael y Macfie en TMS p. 275 y TMS pp. 511-512.

40 TSM, p. 281, p. 282, pp. 446- 450, pp. 466-467.

41 Véase el párrafo 14 en pp. 142-143 y la frase marcada con r-r por los editores Campbell, Skinner, y Todd en el párrafo 8 de la p. 139. Nussbaum nota en “Mutilated and Deformed’...” que Smith continúa urgiendo a una apatía estoica hacia nuestras propias desgracias incluso mientras arremete contra tal actitud hacia los sufrimientos de nuestros parientes y amigos, y sugiere que esa asimetría es incoherente: “...si las calamidades son malas cuando afectan a los demás, ¿por qué no son realmente malas cuando nos afectan a nosotros?”. Pero yo pienso que Smith no está sugiriendo que las calamidades son malas sólo cuando afectan a otras personas: justo nuestra actitud *hacia* esas calamidades debería ser estoica en nuestro propio caso, y compasiva en el caso de los demás. Esto se adecua con su creencia general de que la moralidad, corrigiendo nuestra fuerte parcialidad natural hacia nosotros mismos, nos urge a moderar la preocupación por nosotros y a expandir nuestra preocupación por los demás. TSM p. 74 y p. 76.



VANIDAD

53

Además, el capítulo I.iii.3, sobre la “corrupción” de nuestros sentimientos morales por nuestra tendencia a admirar a los ricos, añadido en la sexta edición, también lanza una profunda sospecha sobre la noción de que todo lo que la naturaleza implanta en nosotros es bueno. Tenemos una disposición *natural* a admirar, a simpatizar excesivamente con los ricos; la estructura de nuestros sentimientos morales lo necesita. Pero esa disposición está basada en una confusión y es fuente de grandes males: de la cruel indiferencia hacia los pobres, y de la eventual búsqueda de la riqueza en lugar de la virtud⁴². Aquí puede decirse rotundamente que la naturaleza no nos lleva a buen fin, y que deberíamos albergar serias dudas sobre el papel que un dios estoico podría jugar a la hora de organizar y gobernar semejante naturaleza.

Finalmente Smith agregó una serie de pasajes a la sexta edición de la TSM que matizaban de manera importante la afirmación de que todas las condiciones socio-económicas ofrecían las mismas oportunidades para la felicidad. El nuevo capítulo sobre la corrupción de los sentimientos demuestra explícitamente que la vanidad consiste en la persecución de “la riqueza y el poder” extraordinarios, no del esfuerzo ordinario por “mejorar nuestra condición”⁴³. El largo añadido a III.3 empieza por expresar un vacilante acuerdo con los estoicos:

42 TSM pp. 138-139. En ese mismo texto Nussbaum arguye que el propio Smith manifiesta una gran insensibilidad hacia los pobres incluso en las revisiones de la sexta edición, cuando escribe que “la mera falta de fortuna, la pura pobreza, genera poca compasión” ... “que despreciamos al mendigo”, TSM p. 268. Yo entiendo que Smith está *informando* aquí de una actitud natural, no *defendiéndola*, y de hecho se supone que tiene presentes las críticas que él plantea hacia esa actitud en I.iii cuando leemos este pasaje. Pero el tono de Smith es difícil de explicar en las frases que cita Nussbaum, y no puedo ofrecer mi lectura de ellas sobre las de Nussbaum con total confianza. Sobre las dificultades para evaluar en general el tono de Smith, véase Fleischacker, S. (2004), capítulo 1.

43 Véase especialmente TSM pp. 142-143.



54 “La certeza infalible de que todas las personas tarde o temprano se acomodan a lo que ven como su situación permanente *pueda, tal vez, inducirnos a pensar que los estoicos estaban al menos muy cerca de la verdad*, que entre un contexto permanente y otro no hay, en lo tocante a la verdadera felicidad, ninguna diferencia esencial”⁴⁴.

No sólo se nos invita a cambiar de rumbo a través de frases débiles –“puede ser”, “quizás”, “al menos”, “casi”– sino que Smith continua haciendo hincapié en sus reservas respecto a las opiniones de los estoicos sobre este asunto: “y si la hay no es más que justamente la suficiente para convertir a alguno de ellos en objeto de simple elección o preferencia, pero no de un deseo fervoroso e impaciente”⁴⁵. (Estrictamente hablando, Smith ya se ha apartado de los estoicos, pues no formaba parte de la visión estoica que las situaciones externas marcasen diferencia alguna respecto a la felicidad, igual que algunas de esas situaciones son, no obstante, objetos de preferencia en sí)⁴⁶. Más adelante Smith nos dice que “en el nivel más modesto, *donde sólo hay libertad personal*”⁴⁷ uno puede encontrar todos los placeres que proporciona la posición más elevada, pero debe *haber* libertad personal, que es la que hace inaceptable la situación de un esclavo, por ejemplo: aquella que el estoico Séneca consideraba como una condición tan abierta a la adquisición de la virtud, y por tanto de la felicidad, como cualquier otra⁴⁸. Finalmente, el mismo pasaje que

44 TSM p. 276. La cursiva es mía.

45 TSM p. 276.

46 Sobre el tema de las “indiferencias preferidas” en el pensamiento estoico, véase Lesses, G. (1989). Estoy en deuda con Rachana Kamtekar por la aclaración de este punto.

47 TSM p. 278. La cursiva es mía.

48 Séneca afirma en *De beneficiis* III, 18: “La virtud de nadie se retira, a todos está patente, a todos admite y a todos convida –a nobles, a libertinos, esclavos, a reyes y a desterrados–”. Igualmente, Epícteto, que había nacido como esclavo, arroja luces sobre la diferencia entre libertad y esclavitud en *Disertaciones* IV.i.

Griswold cita para mostrar que la persona verdaderamente prudente logra la tranquilidad por el camino de “la satisfacción con el rango y las circunstancias económicas de cada uno”⁴⁹, de hecho dice que tal persona estará “contenta con su posición, *que mejorará día a día merced a incasantes aunque pequeños ahorros*”⁵⁰. Como ya hemos visto en RN, la lenta y gradual “mejora de nuestra condición” es perfectamente compatible con la satisfacción, para el último Smith; sólo es una arremetida impaciente, ambiciosa, contra la riqueza y el poder que “podrían poner en peligro, y no aumentar la segura tranquilidad de que goza”⁵¹. Desear mejorar nuestra condición de forma gradual es moralmente inocuo e inevitable, dado el análisis de Smith sobre el funcionamiento de la simpatía. La vanidad no es inevitable, y es una corrupción de la simpatía. En el último escrito de Smith, la mejora propia y la vanidad no son lo mismo.

A los argumentos textuales que he dado respecto a la lectura de TSM IV.i como una expresión temprana e inadecuada de las opiniones de Smith sobre la motivación económica, me gustaría añadir una preocupación sistemática. Smith está profundamente comprometido con la igualdad normativa de todos los seres humanos⁵². Pero el deseo de lograr “riqueza y poder” es un deseo de destacar entre los individuos que forman el conjunto de los seres humanos, de ser considerado como si uno procediera de un “rango superior de seres”⁵³. En principio, se trata de un deseo que no puede satisfacer la mayoría de la gente: su satisfacción depende de que poca gente lo logre mientras que muchos no lo consigan. (El fin al que se dirige es, en

49 Griswold, C. (1999), p. 225.

50 TSM. p. 385. La cursiva es mía.

51 TSM p. 386.

52 Véase Fleischacker, S. (2004), § 16.

53 Véase la parte de TSM IV.i.10 citada arriba y TSM pp. 123-124.

56 términos de los economistas modernos, un “bien posicional”)⁵⁴. Si ese deseo es básico para la naturaleza humana, la recompensa humana no puede distribuirse igualmente, ni siquiera en principio: como máximo, sólo los ricos y famosos serán capaces de satisfacer ese deseo. E incluso ellos, según Smith, serán generalmente infelices: “los placeres de la vanidad y la superioridad rara vez son compatibles con la serenidad total, que es el principio y fundamento de todo disfrute auténtico y satisfactorio”⁵⁵. Los ricos, por ejemplo, nunca son suficientemente ricos; su “superioridad” necesita siempre ser preservada contra potenciales rivales, y aún entonces, siempre hay grados de superioridad más altos a los que aspirar⁵⁶. Sólo el “pequeño grupo” de los sabios y virtuosos, que no se engañan con los destellos frívolos de la condición social, y en cambio aspiran a ser alabables (dignos de alabanza) antes que alabados, tienen alguna posibilidad de ser felices. Pero si tanto pobres como ricos son miserables porque están atormentados por un deseo vacío e insaciable de escalar por encima del rango de sus vecinos, mientras que sólo unos pocos filósofos sabios pueden terminar con eso y superarlo, entonces las vidas de los seres humanos serán completamente desiguales. No es como si el deseo de riqueza y poder fuera una corrupción *trivial* de nuestros sentimientos, después de todo. Smith cree, más bien, que destruye nuestra tranquilidad, porque en lugar de conducirnos siempre hacia delante nos lleva hacia esperanzas ilusorias, y de ese modo hace que la felicidad, según la definición de ese término que da Smith, sea *imposible*. Por tanto, si Griswold estuviera en lo cierto, el mundo consistiría en un vasto número de gente miserable con unos pocos filósofos sonrientes espolvoreados entre ellos. Este retrato de la vida humana no sería una “cómica ironía”, como Griswold afirma⁵⁷, sino

⁵⁴ Véase Hirsch, F. (1976).

⁵⁵ TSM p. 278.

⁵⁶ Véase TSM pp. 277-278.

⁵⁷ Griswold, C. (1999), p. 222.

algo profundamente trágico. Entonces parecería lógico esperar que Smith, con su responsabilidad normativa hacia la igualdad humana, clamara contra la vanidad, para unirse a Rousseau en su rechazo por la divulgación del *amour-propre*, y condenara, más que aceptara con ecuanimidad, los rasgos del mundo comercial que promueven el consumo fácil y el deseo de subir de rango más que ningún otro sistema político económico. Ciertamente, sería difícil de entender cómo Smith pudo considerar a la sociedad comercial como un tipo de sociedad “dedicada a la mejora de la mayoría”⁵⁸. Sin embargo, como Griswold admite, en la RN “Smith no... insiste en que la mejora [material] está fundada sobre un engaño”⁵⁹ y eso se ajusta con mi creencia de que Smith llegó a considerar que la vanidad, los deseos provocados por esa “decepción” que impone la naturaleza en TSM IV.i, no era esencial para el crecimiento económico.

Es más plausible que Smith sostuviera la visión que le atribuye Nussbaum. Ella señala que incluso en TSM IV.i Smith no dice que las grandes diferencias en los bienes externos sean aceptables porque las diferencias en la felicidad humana son aceptables, sino que las diferencias en los bienes externos son aceptables fundamentalmente porque no *importan* para la felicidad humana: “en el desahogo del cuerpo y la paz del espíritu todos los diversos rangos de la vida se hallan casi al mismo nivel”.

Los pobres, afirma Nussbaum “no sufren en su mismo corazón”. Esta visión es compatible con el igualitarismo normativo, y como señalé más arriba, juega cierto papel en la reconciliación de las opiniones normativas de Smith y los hechos acerca de la vida humana. Pero no constituye toda la reconciliación. En la RN Smith aboga por un igualitarismo mayor para su propia sociedad, y condena las instituciones sociales no igualitarias como el feudalismo y la esclavitud.

⁵⁸ Griswold, C. (1999), p. 263.

⁵⁹ Griswold, C. (1999), p. 263.

58 También reconoce de manera creciente, tanto en la RN como en la última edición de la TSM⁶⁰, que al menos algunos “bienes externos”, son esenciales para la felicidad. De ahí la insistencia sobre la importancia de la libertad y la independencia, y su aprobación a la lenta mejora material y social.

La importancia de la vanidad

Después de haber dicho todo esto, no quiero negar que el análisis de la vanidad que hace Smith en TSM sea interesante y tenga valiosas implicaciones acerca de cómo entendemos la relación entre la virtud y la actividad económica. Mi intención, hasta ahora, ha sido mostrar que Smith no consideraba que la vanidad, el deseo de impresionar a los demás, fuera la fuente primaria de la demanda económica. *Pace* Mandeville, las economías no colapsarían si la gente siguiera su sentido moral y empezase a buscar ser ‘alabables’ antes que alabados. Por el contrario, las mayores fuentes de demanda de bienes materiales, con diferencia –la de comida, vestido y vivienda– son las que nuestros sentimientos morales pueden aprobar. El crecimiento económico y los logros morales no son incompatibles.

Sin embargo, muchos de nuestros deseos de bienes materiales son vanos, y si bien Smith no sigue a Mandeville en considerar a la vanidad como necesaria para el crecimiento económico, sí dice que la demanda de vanidades aumenta en la medida en que las sociedades se hacen más ricas⁶¹. También aportaba astutas explicaciones de por qué tenemos un deseo tan fuerte de parecer superiores a nuestros vecinos, y de cómo la adquisición de bienes materiales nos ayuda a

60 Como prueba de la distancia entre Smith y los estoicos Vivenza utiliza el hecho de que estaba interesado en “garantizar un mínimo de bienestar, educación y consideración incluso a las clases menos afortunadas: algo con lo que los estoicos no habrían estado preocupados”. Vivenza, G. (2001), p. 212, n. 91.

61 RN pp. 159-160, p. 167, pp. 169-170, pp. 209-210, pp. 805-806.

conseguirlo. Como hemos visto, para Smith la misma estructura de sentimientos que nos lleva hacia la moralidad y la sociabilidad nos conduce también a buscar la admiración de los demás, la que podemos obtener por medio de la riqueza material. Cuando tenemos muchos bienes materiales atractivos, otros nos admirarán porque, con su imaginación, se pondrán en nuestro lugar y pensarán que serían felices si tuvieran nuestros bienes. Así, el mecanismo de la simpatía hace posible el ascenso social tan bien como lo hace con la búsqueda de la virtud. Además, puesto que la adquisición de bienes materiales parece mucho más fácil que la obtención de virtudes, y la riqueza es mucho más obvia frente a los demás que las virtudes, y gana así la simpatía más fácilmente, el camino hacia la riqueza generalmente llama más que el camino hacia la virtud. Por tanto, por el mismo mecanismo que debería llevar a la virtud, la gente tiende a quedar seducida para adquirir la riqueza en su lugar. Aun si podemos superar la tentación de buscar la gran riqueza, o si la salud económica de nuestra nación no requiere que la busquemos, continúa siendo verdadero para Smith —como permanece siendo verdadero de hecho— que mucha gente, la mayor parte del tiempo, está más interesada en impresionar a los demás por medio de sus posesiones materiales que a través de su decencia o integridad moral.

Por otro lado, Smith agrega a su crítica moral de la humanidad un análisis fascinante de la *clase* de posesiones materiales que se ganan la admiración de sus propietarios, o de por qué ciertas posesiones materiales toman especialmente el carácter de bienes de lujo. En primer lugar, conecta la codicia con el deseo de belleza; su explicación de lo que nos hace desear adquirir objetos materiales surge de su explicación de lo que nos hace encontrar objetos estéticamente atractivos. Los pasajes de TSM IV.i sobre los que nos hemos concentrado vienen después de su interpretación sobre la belleza, y Smith dice explícitamente que el principio que él postula para que consideremos algo como bello, “es a menudo el motivo secreto” de los proyectos económicos y políticos que, tras estos párrafos,

60 comenzará a describir⁶². Como Griswold pone de manifiesto maravillosamente, esto sugiere que “la nostalgia de la belleza y la armonía... permea la vida humana”⁶³, y éste es un rasgo particularmente atrayente y persuasivo de la explicación que da Smith de la belleza, pues no reduce lo bello y armonioso a lo simplemente útil. Smith se anticipa a en este punto, puesto que considera la belleza de un objeto en su *adecuación para ser útil* (“propósito”, como dirá Kant), y no en su utilidad actual. Pone el ejemplo de un hombre que se disgusta por tener “todas las sillas en el centro de su habitación” y comienza a re-ubicarlas en su sitio al coste de “más molestias que las que le hubiera ocasionado” dejarlas como estaban, porque él “no deseaba tanto dicha comodidad como el orden de las cosas que la procura”⁶⁴. Kant hará un mejor trabajo que Smith explicando, simultáneamente, por qué nos gustan esos órdenes intencionales, y separando nuestro gusto por su belleza de nuestro deseo de poseer objetos que manifiesten tales órdenes⁶⁵. Para Kant, el último deseo es la vanidad, mientras que el primero es el amor de la belleza. Los dos están conectados, pero no son idénticos. Esto parece correcto, y se podría criticar a Smith por no haber trazado una distinción similar. Pero su punto principal no es afectado por esta omisión: nuestra vanidad está dirigida a los objetos bellos, y nuestro deseo de poseer objetos bellos es vano.

Si tomamos en serio la conexión entre la vanidad y el amor por la belleza y actualizamos levemente la explicación que propone Smith, podemos explicar muy bien por qué la gente tiene esa obsesión por adquirir bienes de lujo cada vez más atractivos. ¿Por qué la gente

62 TSM pp. 327-328.

63 Griswold, C. (1999), p. 358; véase también p. 222 y pp. 330-335.

64 TSM pp. 326-327.

65 Para él, el primero es el “gusto”, mientras que el segundo es nuestro “interés empírico en lo bello”. *Crítica del juicio*, § 41.



VANIDAD

61

cree que “debe tener” la última versión de una clase particular de *software* para su ordenador, si el nuevo apenas mejora una función pequeña y poco importante respecto del antiguo? ¿Por qué la gente paga enormes cantidades de dinero por una pantalla de televisión que aumenta mínimamente la resolución, o compra una máquina de café expreso ligeramente mejor? Si tomamos algunas interesantes sugerencias que se encuentran en los escritos de Stanley Cavell y de Michael Fried, podemos ver que nuestros deseos estéticos tienen su raíz en una tendencia humana natural a extender nuestras capacidades, a insistir en las habilidades demostradas en cualquier forma de actividad dada, tan lejos como se pueda:

“En el béisbol ‘la esencia del juego’, que incluye momentos que son duelos entre ‘lanzador’ y ‘bateador’, ‘dar un golpe’, ‘regalar una base por bolas’ y ‘eliminar a un bateador’, debe tener *cierto* grado de dificultad. La ‘convención’ de permitir tres *strikes* está al servicio precisamente de tales cuestiones.... ¿Pero está *todo* el juego al servicio de algo? Pienso que cabe decir: está al servicio de la capacidad o necesidad humana de juego; y lo que *se puede jugar*... es contingente respecto a las capacidades dadas de juego humano... Tal vez no sea derivable de las medidas de un losange de béisbol, de la media de las velocidades de las bolas batidas, y de la media de los tiempos en que los seres humanos pueden correr varias distancias cortas, que 90 pies es la mejor distancia para producir una crisis recurrente esencial en la estructura de un partido de béisbol, e.g., donde la carrera y el tiro a la primera base duran lo suficiente para ser seguidas con claridad, y se completan a menudo en un familiar abrir y cerrar de ojos entre la una y el otro... No hay ninguna necesidad de que las capacidades humanas sean adiestradas exactamente en esas proporciones; pero precisamente esas proporciones revelan los límites de tales capacidades. Sin esos límites, no habiésemos conocido las posibilidades”⁶⁶.

⁶⁶ Cavell, S. (2003), pp. 182-183.



62 Cavell relaciona la producción artística con esta necesidad de “juego”, esa alegría de ampliar nuestras capacidades dentro de un conjunto de limitaciones contingentes. La belleza en el arte consiste en alcanzar o en ir más allá de los límites que pensábamos que tenían las capacidades humanas creativas, en un ámbito delimitado por las contingencias de un medio o estilo. Michael Fried añade que las tradiciones artísticas son fruto del intento de un artista de ampliar las posibilidades abiertas por el trabajo de otro, tal como podría verse a Theo van Doesburg (el ejemplo es mío) explorando el modo en que los estudios abstractos del color de Mondrian podrían ser más puros o se podrían proyectar en contextos geométricos; o Mark Rothko y Cy Twombly podrían verse como intentando expandir el uso de la abstracción para expresar las emociones, un campo que fue abierto por Pollock. De esa manera, los artistas crean normas y paradigmas para las obras de otros y se pinchan unos a otros para dar vueltas a variaciones cada vez más sutiles sobre una manera particular de ver el mundo, o de ver su propio medio. Y puede muy bueno que así sea, ya que en términos generales los seres humanos estamos impulsados a buscar siempre el refinamiento más elevado para cada manera de apreciar la experiencia sensorial: a dar vueltas a tantas variaciones originales y sutiles como sea posible. Podríamos conjeturar que la supervivencia humana ha estado ayudada, durante largos períodos de su evolución, precisamente por su habilidad para refinar más y más nuestros órganos sensitivos, de modo que cuando es necesario podemos discriminar entre objetos con cierto grado de sutileza. La persona que puede establecer la diferencia entre el vino de una viña y el de la viña vecina o entre el café expreso de la máquina de 400 dólares y el la máquina de 2.000 dólares, es también alguien que podría, en otras circunstancias, darse cuenta de cambios muy pequeños de su medio ambiente que supongan una amenaza de peligro. Por esa razón, o por alguna otra, nos hemos convertido en criaturas para quienes experimentar grados de refinamiento cada vez más elevados es una forma de placer básica y muy importante. Si unimos esto con lo que hemos aprendido de Smith acerca de la necesidad de que nos

admiren por poseer objetos preciosos, podemos decir que deseamos al mismo tiempo ampliar nuestras capacidades para apreciar la experiencia y ser admirados por haber desarrollado bien las capacidades en ese ámbito. (Parece útil para nuestra supervivencia como especie que admiremos a aquellos que mejor desarrollan las habilidades de refinamiento, y despreciemos a quienes no las tienen). De ahí que queramos poseer objetos que exhiban nuestro alto grado de refinamiento, el vino o la máquina de café expreso o el gran cuadro que demuestra a todo el mundo que somos personas “de buen gusto”.

El único problema con este deseo es que no podemos refrendarlo reflexivamente⁶⁷. Basta un momento de reflexión para darse cuenta de que una gran habilidad para distinguir vinos, no importa cuán bien esté anclada en nuestra historia evolutiva, de poco sirve para la supervivencia humana actual, y no se relaciona con lo que consideramos la verdadera excelencia humana. Y todavía lleva menos tiempo de reflexión reconocer que alguien que simplemente *posee* finos vinos puede que en realidad no los aprecie, y que el esfuerzo que se requiere para obtener la riqueza que hace posible esas exhibiciones de “buen gusto”, podría dirigirse con más sensatez al simple disfrute de los propios gustos abiertos a uno, aunque salvo raras ocasiones necesitarán un nivel de riqueza inferior. Cuando agregamos, como posiblemente haría Smith, que la persecución de la gran riqueza –y para desplegar un gusto más raro que el que tiene la mayoría de la gente, para lo que necesariamente tenemos que contar con más recursos que ellos (pues la competición por los bienes raros, al contrario de los intercambios económicos ordinarios, *es* un juego de suma cero⁶⁸)– normalmente supone una disminución en la búsqueda de la virtud, y a menudo incluso tienta a la injusticia total; parecería que cualquier persona decente debería renunciar a su deseo de

67 Para esta terminología véase Kosgaard, C. (1996), p. 19 y pp. 49-89.

68 Aquí estamos compitiendo por bienes posicionales. Véase Hirsch, F. (1976).

64 excelencia en este camino. Pero Smith, a lo largo de su vida, se dio cuenta de que la mayor parte de la gente o no se toma el tiempo necesario para reflexionar, o está fuertemente dominada por este deseo de lucirse; pues el vano deseo de mostrar que uno tiene mejor gusto que los demás es una fuerza corruptora extremadamente poderosa. Mas es importante distinguir, en la obra de Smith, los deseos vanos de los deseos legítimos de bienes materiales. Cuando escribió la RN no creía que la gente buena estuviera completamente desinteresada de los objetos materiales, que estas posesiones fueran irrelevantes para lo que Nussbaum llamó el “corazón” del ser humano.

Del Homo Homo Moralis al Homo Economicus

Entonces, según la explicación de Smith, ¿por qué la gente virtuosa busca bienes materiales?

En primer lugar, pueden buscar alimento, vestido o vivienda para cuidar de su salud, y cuidar de la propia salud es algo que Smith no sólo considera permisible sino moralmente obligatorio. Smith habla frecuentemente de este deseo, y aprueba la búsqueda de estos tres bienes⁶⁹. La RN comienza con un relato de cómo se producen los alfileres, luego pasa al abrigo de lana de un jornalero, y a continuación dedica muchísima atención a la producción de comida. Cuando Smith dice que ninguna sociedad puede ser floreciente y feliz si la mayor parte de sus miembros son pobres y miserables, continúa diciendo inmediatamente, como si fuera lo mismo, que la mayoría necesita estar “razonablemente alimentada, vestida y alojada”⁷⁰. No son temas triviales para él. Y con esto se distancia de una visión estrictamente estoica, que dice que las personas pueden sobrevivir, aunque incómodamente, sin estar “razonablemente vestidas y aloja-

⁶⁹ TSM p. 123, pp. 335-336; RN pp. 76-77, pp. 156-157, pp. 306-307, p. 308; LJ pp. 334-335, p. 337, pp. 377-379, p. 487.

⁷⁰ RN p. 77.

VANIDAD

65

das”, como el pordiosero que se encuentra en el camino en la TSM, que puede pasar largos periodos sin tener donde dormir. Al mismo tiempo, Smith está refutando implícitamente el énfasis que sus predecesores en economía política pusieron sobre la importancia del gasto en lujos. En la RN, los bienes humildes de los pobres, y no los bienes de lujo, son suficientes para conducir la economía. La demanda de abrigos de lana y de trigo, no los caprichos frívolos de los ricos, es la que hace que el mundo siga su marcha. Esto significa que la industria seguiría funcionando incluso si la gente superara su amor a la vanidad; un mundo donde sólo haya gente decente y modesta también podría tener una economía próspera⁷¹. Smith se distancia así del argumento económico de Mandeville, según el cual los políticos necesitan animar la demanda de bienes de lujo, igual que se distancia del egoísmo y el rechazo de la importancia de la virtud que hace Mandeville.

Por otro lado, una persona virtuosa debe preocuparse de las necesidades de su familia, y puesto que la pobreza “es en extremo desfavorable para la crianza de los hijos”⁷², la persona virtuosa con hijos intentará salir de la pobreza incluso si ella sola, estoicamente, pudiera sobrevivir con el mínimo de comida, vestido y vivienda. Esta preocupación da a todo el mundo una razón, totalmente distinta a la vanidad, para “mejorar la propia condición”. Dice Smith: “quienes [desean] establecer una familia y... miran por su posteridad” deben invertir, y de hecho lo hacen; y son ellos quienes componen, “en su mayor número”⁷³, el grupo de los que compran valores públicos. La persona decente debe prever las necesidades que sus hijos podrían tener cuando ellos se hayan ido o cuando no puedan trabajar más.

⁷¹ Para una defensa de este punto por un economista contemporáneo véase McCloskey, D. (1999).

⁷² RN p. 77.

⁷³ RN p. 815.

66 Pero un *homo moralis* smithiano puede también buscar bienes materiales que no tienen nada que ver con necesidades físicas. La gente virtuosa de Smith se alegra con sus amigos, y la sociabilidad requiere festividades compartidas y despliegues de generosidad. Por tanto, Smith reconoce que los placeres, y la educación moral, se encuentran en la bella poesía, en la música, el teatro y similares⁷⁴, y sugiere que tanto el deseo de experimentar el arte como el deseo de producirlo son distintos de la vanidad. También hay otros objetos de deseo más triviales, que aunque no merecen una persecución obsesiva, tampoco tienen que ser evitados. En sus conferencias sobre jurisprudencia, Smith incluso defiende que se gaste dinero en bebida: “El hombre es un animal ansioso y debe desechar sus preocupaciones mediante algo que pueda estimular su ánimo”⁷⁵. “Los licores fuertes son casi una necesidad en cualquier nación”⁷⁶.

Por último, Smith discute brevemente acerca de las necesidades y los lujos, arrojando una interesante luz sobre su postura de que, incluso en un mundo de virtuosos, se podría sostener el crecimiento económico. Por “cosas necesarias”, dice, no se refieren sólo a lo que es físicamente necesario para sobrevivir, sino a “todas aquellas cosas cuya falta, en una cultura determinada, constituiría en cierto modo algo indecoroso entre las gentes de buena reputación, aun entre las de clase inferior”⁷⁷. Las camisas de lino no eran necesarias en la antigua Grecia y Roma. Sin embargo, en la Europa de los tiempos de Smith, “un jornalero honrado se avergonzaría si tuviera que presentarse en público sin su camisa de lino. Su falta denotaría tal grado de miseria que, se presumiría, nadie llegaría a ésta sino a causa de una conduc-

74 Véase especialmente Wightman, W.P.D. y Bryce, J.C. (1980), p. 187, p. 194, pp. 204-205.

75 LJB (español) pp. 146-147.

76 LJA (español) pp. 411-412.

77 RN p. 769.

ta en extremo disipada”⁷⁸. Por la misma razón, los zapatos de cuero en Inglaterra eran necesarios tanto para los hombres como para las mujeres; sin embargo, en Escocia las mujeres de la clase más baja “andan descalzas sin caer por ello en descrédito”⁷⁹. Smith introduce así un cierto grado de relativismo cultural en la distinción entre necesidad y lujo, al tiempo que sugiere que algunos bienes materiales pueden ser necesarios porque *significan un estatus moral*. Hasta cierto punto, el estatus social reflejará inevitablemente el estatus moral, y una persona decente estará con razón preocupada de que no se piense mal de ella, incluso sabiendo que aquella opinión es injusta. Aunque ser digno de aprobación es más importante que recibir aprobación actual, la aprobación actual puede guiarnos para determinar si realmente somos dignos de ella: “la confianza y buena opinión de... sus amigos y vecinos tiende más que ninguna otra cosa a aliviar [a una persona] de esa duda [moral]; ... y su desconfianza y opinión desfavorable tiende a incrementarla”⁸⁰. Hasta el mejor de nosotros tiene algún interés en ser aprobado y respetado por otros, aunque sólo fuera para recibir guía moral y ayuda para mantener la fuerza psicológica en la persecución de la virtud. De ahí que todos tengamos cierto interés en contar al menos con un mínimo de bienes externos que representen un estatus social respetable. Así, cuando una sociedad mejora materialmente, ya sea por descubrimientos tecnológicos o por una gran demanda de lujos vanos, el estándar de vida que expresa un estatus moral decente también se va elevando. Y en tales circunstancias, una persona decente estará preocupada por “no ser menos que el vecino”, no porque se cuide del estatus social *per se*, sino porque cuida de las costumbres de su sociedad que significan un logro moral. (Con esto no se dice nada de los muchos modos en que los cambios en la sociedad pueden requerir que una

⁷⁸ RN p. 769.

⁷⁹ RN p. 769.

⁸⁰ TSM p. 244.

68 generación busque más bienes materiales que los que habían tenido las generaciones previas. En una sociedad en la que los coches reemplazan a los caballos, por ejemplo, será necesario poseer un coche). Por tanto, una sociedad de gente virtuosa también necesitaría estar al día con el progreso material, aunque reconocieran totalmente, como Smith dice que harían, que para su felicidad basta un bajo nivel de bienes externos.

No quiero decir que esto implique que Smith negara alguna vez sus primeras creencias de que mucha gente está conducida por deseos vacíos e insaciables, y que por eso busca la riqueza en vez de la virtud, o que imagina, erróneamente, que los ricos son enormemente felices. La adición de I.iii.3 a la última edición de la TSM sugiere que estos problemas le preocuparon hasta su muerte. Pero en el pensamiento del Smith maduro hay un amplio espacio para los que buscan progreso material sin sufrir ningún tipo de engaño ni arriesgar su integridad moral. Ninguno de los deseos de bienes materiales que he tratado aquí son vanos. Ninguno de ellos conduce naturalmente a un deseo de gran riqueza, o sugiere que la gran riqueza es un bien. Pero cada uno de ellos deja claro que la pobreza puede ser, y a menudo es, un mal. El *homo moralis* requiere el *homo economicus*; el desdén estoico de las cosas materiales es injustificado.

VANIDAD

Bibliografía

69

Brown, Vivienne (1994), *Adam Smith's Discourse*, Routledge, Londres.

Cavell, Stanley (2003), *Reivindicaciones de la razón*, Síntesis, Madrid.

Caygill, Howard (1989), *Art of Judgment*, Basil Blackwell, Oxford.

Cropsey, Joseph (2001), *Polity and Economy*, St. Augustine's Press, South Bend.

Fitzgibbons, Athol (1995), *Adam Smith's System of Liberty, Wealth and Virtue*, Oxford University Press, Oxford.

Griswold, Charles (1999), *Adam Smith and the Virtues of Enlightenment*, Cambridge University Press, Cambridge.

Hanley, Ryan Patrick (2002), "Rousseau's Diagnosis and Adam Smith's Cure", *Paper presented at the annual meeting of the American Political Science Association*, Boston, Massachusetts, 28 de agosto.

Hirsch, Fred (1976), *Social Limits to Growth*, Harvard University Press, Cambridge.

Hont, Istvan e Ignatieff, Michael (1983), "Needs and Justice in the Wealth of Nations", en Hont, Istvan e Ignatieff, Michael (eds.), *Wealth and Virtue*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 1-44.

Ignatieff, Michael (1984), *The Needs of Strangers*, Viking, Nueva York.

Kosgaard, Christine (1996), *Sources of Normativity*, Cambridge University Press, Cambridge.

Lesses, Glenn (1989), "Virtue and Fortune in Stoic Moral Theory", en Annas, Julia (ed.), *Oxford Studies in Ancient Philosophy*, Clarendon, Oxford.

70 McCloskey, Deirdre (1999), "Christian Economics?", *Eastern Economic Journal*, vol. 25, nº 4, pp. 477-480.

Muller, Jerry Z. (1993), *Adam Smith in His Time and Ours*, Princeton University Press, Princeton.

Nussbaum, Martha (2000), "Duties of Justice, Duties of Material Aid: Cicero's Problematic Legacy", *Journal of Political Philosophy*, vol. 8, nº 2, pp. 176-206.

Nussbaum, Martha (en prensa), "Mutilated and Deformed': Adam Smith on the Material Basis of Human Dignity", *Cosmopolitan Tradition*, Harvard University Press, Harvard.

Taylor, William Leslie (1965), *Francis Hutcheson and David Hume as Predecessors of Adam Smith*, Duke University Press, Durham.

Vivenza, Gloria (2001), *Smith and the Classics. The Classical Heritage in Adam Smith's Thought*, Oxford University Press, Oxford.

Winch, Donald (1978), *Adam Smith's Discourse*, Cambridge University Press, Cambridge.